

# Misión y retos de la familia en nuestro tiempo

¿Queremos mejorar o salvar la sociedad?  
¡Empecemos por proteger y vigorizar la familia!

Por: P. Miguel Ángel Fuentes, ive | Fuente: <http://familiarisconsortio.ive.org/>



Pienso que la familia enfrenta actualmente tres retos principales: 1º Uno social: la llamada globalización. 2º Otro moral: la cultura de la muerte. 3º En fin, uno espiritual: el ateísmo y los falsos espiritualismos. Estos retos configuran parte de la misión de la familia en nuestro contexto singular del siglo XXI, porque son, estos, los campos en que debe batirse para dar su testimonio de Cristo y responder así a la demanda que San Pablo dirige a su discípulo Timoteo: "Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado y de la que hiciste aquella solemne profesión delante de muchos testigos" (1Tm 6,12)

## 1. Primero: el reto social

El primer fenómeno al que la familia se enfrenta es el mundo globalizado. "Globalización" quiere decir que hoy en día todo cuanto sucede en cualquier parte del mundo tiene ecos y efectos en todo el mundo. En nuestros días ya no existe una economía nacional propiamente dicha, porque cualquier decisión económica está condicionada con lo que está sucediendo en el resto del mundo; lo mismo se diga de la educación, del trabajo, de la tecnología, etc.; y sobre todo de la información.

Este fenómeno en sí mismo no es un mal. Puede usarse bien o mal; puede tener efectos buenos o dañinos.

Pero se vuelve nociva cuando se la entiende como «uniformación» cultural, es decir: cuando tiende a crear una "cultura universal", una cultura que borre los aportes propios de las tradiciones, la historia nacional, los héroes propios, los valores que cada pueblo posee como su patrimonio propio.

Y más que nociva perversa cuando, aprovechando las posibilidades de comunicación (especialmente Internet) intenta «universalizar» falsos valores.

Pero, al mismo tiempo, la mala globalización tiene un efecto paradójico: también divide. Porque al querer globalizar el vicio, haciendo circular en todas direcciones los siete vicios capitales (y esto es lo que parece hacer gran parte de Internet, por ejemplo) se distribuyen por todo el planeta los principales gérmenes de división. Porque los vicios desunen, dividen y enfrentan. Pongan juntos en una misma casa diez personas llenas de orgullo, egoísmo, envidia y cólera y jamás tendrán una familia sino diez islotes incomunicados. Por eso, al mismo tiempo que parece que todo el mundo ya no vive en países distintos sino en una misma aldea, surgen cada vez más enfrentamientos, violencias, odios raciales, persecuciones religiosas, partidismos políticos, etc.

Frente a esto, ¡qué misión la de la familia! Ella debe al mismo tiempo sembrar unidad en la sociedad y salvaguardar los valores de las tradiciones.

¿Queremos mejorar o salvar la sociedad? ¡Empecemos por proteger y vigorizar la familia!

Pero cuando digo "familia", me refiero a la verdadera familia: la familia según los designios divinos. Fundada sobre el matrimonio válido y legítimo del varón y la mujer, y abierto a la vida de los hijos, y con los lazos extendido al resto de sus parientes próximos y lejanos.

La familia es "la célula primera y vital de la sociedad"[1]; una sociedad que se olvida de esto es una sociedad que perece. La célula es el elemento vital más pequeño y primero que da vida a cualquier ser viviente; vivimos porque nuestras células viven, se reproducen, crecen. Y cuando ellas empiezan a morir, comenzamos a envejecer hasta desplomarnos en la muerte.

### **Pues bien, la familia es la célula biológica de la sociedad.**

Esto quiere decir, que una nación, un país, vive y crece en la medida en que tiene familias que viven y crecen y dan origen a nuevas familias. Una sociedad perfecta, como es una nación, no vive de individuos sino de familias. Los individuos pueden llegar a dar origen a nuevos individuos, como hacen por ejemplo los padres y madres solteros. Pero estos no dan vida a una sociedad, porque los solteros no buscan hijos sino en casos accidentales y aislados, y porque esos hijos, al carecer o del padre o de la madre, no reciben ciertos elementos fundamentales para su formación psicológica, afectiva, moral y espiritual: nadie sino unos padres estables pueden dárselo. Esto lo saben muy bien los psicólogos que hablan cada vez más del drama de los hijos con "padres ausentes" o "madres ausentes".

Por eso, en la medida en que se destruye la familia, se destruye también la sociedad.

Miremos lo que sucede en los países donde la familia está cada vez más disuelta. Disminuyen los nacimientos, aumentan las tasas de mortalidad, cada vez hay más ancianos y menos niños. Esos países se parecen al cuerpo de un anciano arqueado por el peso de los años: se hacen lentos, se van paralizando y finalmente enferman y mueren. En esos países casi no hay cunas; sólo aumentan los asilos de ancianos y la eutanasia.

Además de esto, la familia es la célula moral de la sociedad.

Con esto quiero decir que es en la familia donde el ser humano, varón o mujer, adquiere las fuerzas espirituales y morales, que luego podrá difundir en la sociedad.

Una sociedad anda bien cuando sus miembros son virtuosos socialmente, es decir: si practican la justicia y el amor al prójimo, si saben ejercer adecuadamente la autoridad y cultivan la obediencia a las leyes. Pero esto no lo enseña la sociedad sino la familia. Por eso los sociólogos constatan que con mucha frecuencia que quienes han recibido en su familia ejemplos de violencia y despreocupación, suelen ser luego despreocupados y violentos en la sociedad; y los que han carecido de familia y se han criado en la calle corren enormes riesgos de no adaptarse socialmente. Una estadística de hace unos años revelaba que el 97% de los neuróticos no tuvieron un ambiente familiar normal; el 90% de los delincuentes juveniles provenían de hogares con graves perturbaciones familiares; durante la década del 20 el 80% de los adolescentes criminales del estado de California eran hijos de divorciados; en Estados Unidos, sobre 200.000 delincuentes menores, 175.000 eran hijos de divorciados[2].

La familia es insustituible para la pedagogía social: ella enseña a una persona a ser buen ciudadano, porque: al respetar a sus padres y hermanos un niño aprende a respetar a su patria; al aprender a proteger a sus hijos y a su esposa un hombre aprende a sacrificarse por su tierra; al practicar la sinceridad con su familia, la sociabilidad con sus padres y hermanos, el sacrificio, la pobreza y el dolor, etc., todo varón y toda mujer cultivan las virtudes que necesita nuestra sociedad.

Cuando un país pone obstáculos a la familia verdadera, o no la protege o no la beneficia, está criando cuervos que comerán luego los ojos de la patria; está educando viciosos y corruptos que luego descompondrán su propio seno.

Finalmente, la familia es la célula cultural de la sociedad.

Una nación se identifica y se distingue de las demás por sus valores culturales: cantos, bailes, lengua, usanzas, vestimentas, pintura, arquitectura, historia, instituciones.

Pero ¿qué es lo que permite que una cultura se mantenga y se transmita? ¿Qué mantiene viva la lengua, los ritos, las leyendas, las costumbres? No es el Estado sino la familia.

Una lengua se transmite de padres a hijos; las historias y anécdotas se cuentan de abuelos a nietos; las costumbres se aprenden mirando los mayores. Por eso, al desintegrarse la familia, la sociedad se convierte en una convención de extranjeros y extraños. Es una ley sociológica que un pueblo en el que paulatinamente disminuye el número de matrimonios y de nacimientos, es un pueblo con una cultura decadente. Y hoy en día, además de la decadencia cultural, se da, como ya hemos dicho, una suplantación por una mega-cultura universal pero de signo decadente.

Además de esto, la familia es la única institución que puede sembrar unidad en este mundo dividido.

Porque la familia nace de la unión de un hombre y una mujer, de manera firme, permanente e indisoluble. Uno con una para siempre. El libro del Génesis lo

expresa diciendo: "Ya no son dos sino una sola carne" (Gn 2,24); y Jesús añade: "lo que Dios ha unido no lo separen los hombres" (Mt 19,6). Por el matrimonio el varón y la mujer se complementan física, psicológica y espiritualmente; y además comparten todo su proyecto de vida, lo que tienen y lo que son. El sacramento del matrimonio, instituido por Jesucristo, los eleva con su gracia y con sus bienes sobrenaturales.

Esta unión está llamada a renovarse día a día, con sacrificios y entregas, con el vencimiento de cada uno de los cónyuges, para ser cada día más del otro, a quien, el día de su boda, permitieron tomar posesión de todo cuanto son.

Además de la profundidad natural de esta unión, el sacramento del matrimonio (o sea, el matrimonio entre bautizados) la convierte en signo del amor que Jesucristo tiene por la Iglesia.

Esta unidad se «extiende» a los propios hijos, y, sin detenerse en ellos, llega a los demás familiares. De este modo la familia es una comunidad de amor entre aquellos que tienen vínculos de carne y sangre: padres, hijos, hermanos, abuelos. Y en la familia cristiana esto se hace más fuerte todavía, porque en ella está presente la gracia de Cristo, la cual es, como dice Santo Tomás, "gracia fraterna"[3], es decir, gracia que vincula a los creyentes entre sí, y con Cristo y con la Iglesia. Por eso se llama a la familia "iglesia doméstica"[4].

De ahí que toda familia pueda convertirse, si quiere ser dócil a los designios de Dios, en una escuela de perfecta humanidad; porque en ella:

- los hijos dan a sus padres: amor, respeto y obediencia;
- y los padres dan a sus hijos: autoridad, seguridad y educación afectiva, psicológica y espiritual.

La familia es esencial para que se venza el individualismo y el egoísmo. La familia (y el amor que la origina, la alimenta y la hace crecer) es el único antídoto natural para el resquebrajamiento que el pecado inyecta cotidianamente en el mundo como perniciosa ponzoña.

## **2. El reto moral: la familia contra la cultura de la muerte**

Nuestro mundo traspira un sudor de muerte.

- En 1976, hace 30 años, la Organización Mundial de la Salud informaba que había 100 millones de alcohólicos en todo el mundo. Hoy el número quizá haya aumentado un 50%.
- Las Naciones Unidas calcula que hay unos 300 millones de drogadictos.
- Cada año se realizan en el mundo entre 40 y 60 millones de abortos quirúrgicos; es decir, más de 80 abortos por minuto; entre 1 y 2 abortos por segundo. Esto sin tener en cuenta los 250 millones de mujeres que usan dispositivos intrauterinos (DIU) con efectos abortivos, ni los cerca de 70 millones que usan píldoras en su gran mayoría abortivas (al menos como efecto alternativo).

En 1998, 50 años después de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, todavía existían en el mundo: 117 países que practican la tortura, 40 aplican la pena de muerte y 30 países viven conflictos armados.

Sólo en Asia hay un millón de niños explotados sexualmente.

Y podríamos seguir repasando datos escalofriantes. Vivimos en un mundo que rodea de muerte: droga, aborto, suicidio, eutanasia, terrorismo, violencia. Juan Pablo II ha dicho que hay «una conjura contra la vida».

Precisamente por eso decimos toca a la familia la misión de ser (y de asegurar) «el lugar de la vida». ¿Cómo?

### **Ante todo con el don de los hijos**

En el Génesis se lee: "Y Dios los bendijo diciéndoles: Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla" (Gn 1,28). Los hijos son un don. Debemos quitarnos de la vista la gran mentira del mundo que quiere hacernos ver a los hijos como una carga y como una amenaza.

La familia tiene como misión el ser fecunda.

La fecundidad es el fruto y el signo del amor conyugal, el testimonio vivo de la entrega total y recíproca de los esposos: precisamente porque se dan uno al otro, sin reservas, en cuerpo y alma, en afectos y capacidad procreativa, pueden fructificar en ese milagro que son los hijos.

Grabemos en nuestra cabeza y en nuestro corazón esta verdad fundamental: no hay amor verdadero si éste no está abierto a la vida.

En los planes de Dios está el que los esposos sean fecundos. Los esposos egoístas contribuyen a que el mundo sea más egoísta; los esposos generosos con la vida, son sembradores de vida y esperanza.

### **En segundo lugar, la familia es lugar de vida porque es el «lugar» donde se enseña a vivir a los hijos.**

Los seres humanos son tan frágiles que no basta con llamarlos a la vida para que puedan ser felices. Se los puede condenar a la infelicidad si además de traerlos al mundo no se les enseña a vivir. Y esto lleva mucho tiempo. Santo Tomás llamaba a la familia "útero espiritual", porque así como en el seno de la madre el bebé madura durante nueve meses, después de darlo a luz hay que hacerlo madurar durante muchos años en el seno de su "familia". Cuando falta este segundo seno, un ser humano puede quedar atrofiado psicológica o espiritualmente. Hay estudios muy serios que demuestran claramente que cuando las relaciones entre los padres y los hijos (entre los hijos y sus verdaderos padres, no padres de nuevas «parejas») son intensas (o sea, se les dedica tiempo y disposición) se evita notablemente que cedan a la tentación de la droga y del alcohol, se disminuyen los comportamientos violentos y suicidas y se previene de iniciar prematuramente la vida sexual[5].

En cambio, la ausencia del padre o de la madre (y más del primero que de la segunda) es la causa en muchos casos, de problemas psicológicos, rebeldía, delincuencia, perversiones, violencia, crisis sexuales y muchos otros males.

Los padres, pues, tienen la misión de educar a sus hijos para el amor: para el amor a Dios y al prójimo, para el amor a sus hermanos, para el amor a la patria. Hay que educarlos en las virtudes, pues nadie es bueno si no es virtuoso. Hay que educarlos en los valores esenciales de la vida humana: por tanto, hay que educarlos para la castidad, educarlos para el matrimonio o para la virginidad

consagrada, según sea la vocación con que Dios los llame, educarlos para la Iglesia, para ser cristianos genuinos.

### **También la familia enseña y promueve la vida al practicar la caridad.**

Los esposos y padres cristianos tienen que ensanchar su amor llevando su acción y su afecto a quienes más lo necesitan. ¡Cuántas son las obras de caridad que son necesarias hoy en día y que sólo las familias podrían hacerlas como corresponde! Por ejemplo, se puede:

- ayudar a los hijos de otros matrimonios más necesitados;
- adoptar niños privados de familia o abandonados;
- asistir económicamente a familias más pobres;
- practicar la caridad con los ancianos de sus propias familias o ayudando
- asistencialmente en asilos, comedores, hogares de discapacitados, etc.

Hoy en día los horizontes en que la caridad es necesaria son incontables, pues crece de modo alarmante el problema del abandono de los niños, la marginación social y cultural que afecta duramente a los ancianos, enfermos, minusválidos, drogadictos y excarcelados.

Este trabajo de la caridad es el que puede salvarnos en el día en que comparezcamos ante nuestro Juez: "Cuando lo hicísteis con uno de mis hermanos más pequeños, lo hicísteis conmigo... Cuando dejásteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo" (Mt 25,40.45).

### **3. El reto espiritual: el falso espiritualismo y el ateísmo**

Pero tal vez el desafío más grande de nuestro mundo sea el marcado sesgo ateo que va tomando.

Asistimos al cotidiano proliferar de nuevas sectas gnósticas y pseudo cristianas, al re-despertar de viejas supersticiones paganas, de cultos idolátricos por la tierra y por los elementos naturales, a la instauración de un nuevo y confuso panteón pagano. Pero en el fondo todo esto no es sino parte de la tenaza del ateísmo: porque toda negación de un Principio Espiritual e Inteligente, Único, Eterno, Inmutable, Infinitamente perfecto y trascendente, equivale a la negación de Dios y a la afirmación del ateo principio de inmanencia. Por más que pensemos que todas las montañas, los ríos y las nubes son dioses, al negar la existencia de un Dios único y omnipotente, no podemos eludir deslizarnos en el más craso ateísmo.

Frente a este gravísimo mal la familia tiene la misión de ser baluarte de Dios. Debemos adoptar aquel grito de batalla de los Macabeos: "por nuestros hermanos y por el santuario" (1Mac 3,43). Al defender la familia defendemos también el altar del Dios verdadero.

Por algo la familia ha sido descrita como una "Iglesia en miniatura"[6]. En este mundo que quiere cerrarle las puertas a Dios, la familia es el lugar donde se cultiva el conocimiento y el amor de Dios.

## **Ante todo, la familia es el lugar donde se transmite la fe.**

La fe nos viene por la Sagrada Escritura, la Tradición y la autoridad de la Iglesia que es Madre y Maestra. Pero la primera catequesis de los niños se recibe en la familia; allí se les enseña a invocar a Dios, se aprende el dulce nombre de la Virgen, escuchan hablar por vez primera de la Iglesia.

Por esto es muy importante que los esposos y padres se preparen, porque –lo quieran o no– siempre son catequistas de sus hijos (con su palabra o con su ejemplo).

La familia es también una comunidad que predica el Evangelio.

El apostolado, la necesidad de transmitir la fe, no es obra exclusiva de los religiosos; es un deber de todo cristiano: soltero, casado, viudo, consagrado, profesional o no, joven o adulto. Es un deber que se deriva del Bautismo que todos hemos recibido.

¿Cómo puede hacerlo la familia? De muchas maneras:

Ante todo dando ejemplo de familia verdaderamente cristiana y virtuosa; Algunos quizá sean llamados por Dios para una misión más intensa, incluso yendo a lugares lejanos para dar testimonio del cristianismo. En los primeros tiempos conocemos la historia de los esposos Aquila y Priscila, compañeros de san Pablo en algunas de sus aventuras misioneras. También en nuestros días muchas familias se comprometen con este apostolado especial.

En otros casos, la familia es el único lugar donde los niños pueden recibir su catequesis, como ocurre en los países que no son cristianos o donde no se puede enseñar la fe fuera de la casa.

Y, sobre todo, el primer apostolado es que la familia dirige a sus propios hijos, formándolos como auténticos cristianos.

Finalmente, la familia es un lugar de oración y de vida sobrenatural.

El Papa Pablo VI decía a los padres: "Madres, ¿enseñáis a vuestros niños las oraciones del cristiano? (...) ¿Los acostumbráis, si están enfermos, a pensar en Cristo que sufre? ¿A invocar la ayuda de la Virgen y de los santos? ¿Rezáis el Rosario en familia? Y vosotros padres, ¿sabéis rezar con vuestros hijos, con toda la comunidad doméstica, al menos alguna vez? Vuestro ejemplo, en la rectitud del pensamiento y de la acción, apoyado por alguna oración común vale una lección de vida, vale un acto de culto de un mérito singular; lleváis de este modo la paz al interior de los muros domésticos: 'Paz a esta casa'. Recordad: así edificáis la Iglesia".

Toda familia debe hacer de los Sacramentos el centro de su vida y debe hacer de ellos un acontecimiento, una fiesta especial. Suele hacerlo con algunos: el Bautismo, la Confirmación, la Primera Comunión. También hay que extenderlo a la Misa dominical: ir en familia, hacer de ella el centro de la semana, festejarla como se festeja una fiesta. Lo mismo con la Unción de sus enfermos y ancianos: la familia debe preocuparse de que los sacerdotes visiten a sus enfermos y a sus ancianos, los confiesen y les den la unción.

Los padres deben ser "maestros de oración" de sus hijos; pero sobre todo "maestros" por medio de su ejemplo. Si los padres enseñan a sus hijos sin practicarlo ellos mismos (cuando, por ejemplo, mandan a sus hijos a Misa

mientras ellos se quedan en casa; o cuando les dicen que se confiesen pero sin darles el ejemplo confesándose primero ellos mismos), es como escribir en el agua. El apóstol Santiago, llama a estos malos cristianos: los que sólo son "oyentes de la palabra de Dios", pero no son "cumplidores".

En cambio, lo que los padres enseñan a sus hijos con la palabra y al mismo tiempo con el ejemplo, lo graban a fuego en el corazón de sus hijos y produce su efecto, incluso si durante muchos años esos hijos se apartan de Dios.

#### **4. Conclusión**

Vivimos en una época afectada por una crisis mortal, en la que se tambalean todos los valores. Papa Juan Pablo II poco antes del fin del anterior milenio dijo: "en torno a la familia y a la vida se libra hoy la batalla fundamental de la dignidad del hombre"[7]. Y en otra ocasión: "la causa de la familia es la causa misma del hombre y de la civilización"[8].

En una época como la nuestra es necesario que la familia sea, como dijo el gran Cardenal Wyszynski, "fuerte de Dios": el reducto de Dios, el lugar donde Dios (el nombre de Dios, el amor a Dios, los mandamientos de Dios, el sentido de Dios) se haga fuerte, inexpugnable, vigoroso e incommovible.

Cuando una familia es fiel a su misión, se hace acreedora del elogio de aquel autor anónimo que en el siglo II describía a los cristianos diciendo: "no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás (...) Habitan en sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no abandonan los hijos que les nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y por todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se los injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extranjeros; los griegos los persiguen y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir por qué los odian. Pero, para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo"[9].

#### **NOTAS**

[1] Apostolicam actuositatem, 11.

[2] Cf. Petrocelli, H.B., Divorcio, Secretariado permanente para la Familia, Bs. As., 1984.

[3] Cf. Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica, II-II,14,2 ad 4.

[4] Cf. Lumen Gentium, 11; Apostolicam actuositatem, 11.

[5] Cf. la revista "American Medical Association"; es un estudio financiado por el Congreso de los Estados Unidos y realizado durante cuatro años en el que se revela la importancia de los padres



para garantizar el crecimiento psicológica y afectivamente sano de los hijos. El estudio se basó en entrevistas a 90.000 estudiantes secundarios, 20.000 adolescentes más y 18.000 padres. (Cf. Agencia Informativa "Zenit", 11/09/97, nº 3).

[6] *Lumen gentium*, 11; *Apostolicam actuositatem*, 11; *Familiaris consortio*, 49.

[7] Juan Pablo II, Discurso a los Obispos del CELAM, 3 de octubre de 1997.

[8] Juan Pablo II, Audiencia General, 8 de octubre de 1997.

[9] Discurso a Diogneto, *Padres Apostólicos*, siglo II.